



Das escenas de
«Hasta el fin del mundo».

La reproducción de las supuestas imágenes de los sueños en la pantalla se ha llevado a cabo mediante la técnica japonesa de alta definición, que permite plasmar efectos especiales bastante impactantes.

En resumen, estamos más ante un producto audiovisual, no hay que olvidar la importancia que en él tiene la escogida y cuidadísima música, que ante una película clásica. Y, curiosamente, con este gran derroche de fuerza visual, el autor nos quiere alertar sobre los peligros que esconde la civilización de la imagen por su poder de crear adicción y su superficialidad para interpretar la realidad.

No en vano, Claire es curada de su adicción a través de un relato, el libro que escribe para ella su amigo Eugène (Sam Neill) y Sam se ve liberado por los ritos ancestrales de los aborígenes, que, con el sentido primitivo de lo sagrado que encierra su magia, permiten al hombre adentrarse en lo prohibido, en sus sueños, sin necesidad de manipular tecnológicamente la visión de sus imágenes interiores. ■

Violeta Villa Ardura es Licenciada en Historia.

Barenboim y la Orquesta Filarmónica de Berlín

FUERA DE SERIE

Por Ernesto García-Manso Duprier

MUSICA

DENTRO del ciclo «Fuera de Serie» se presentó de nuevo Daniel Barenboim en el Auditorio Nacional, en esta ocasión al frente de la Orquesta Filarmónica de Berlín.

La Filarmónica de Berlín, fue fundada en 1882, es decir, cuenta con 110 años, larga vida de una historia llena de gloria. Desde aquella fecha todos los grandes de la dirección, han pasado por su podium. Pero de entre todos ellos son fundamentalmente tres —que la dirigieron— con carácter titular los que la elevaron hacia el altísimo rango del que hoy disfruta. En 1887, se hace cargo de la orquesta un maestro que en aquella época era considerado el mejor director, el mítico Hans von Bülow. El pone los magníficos cimientos en aquella agrupación recién nacida, sienta las bases que llevarían a la orquesta a las más altas empresas musicales. En 1923 llega a su dirección Furtwängler, quien imprime su particular manera de sentir, una singular y apasionada emotividad. A su muerte (1954) accede a su titularidad, Herbert von Karajan. Desde sus primeros contactos con la Filarmónica, ya se empezó a hablar de «la maravilla Karajan». El maestro consigue un sonido único y maravilloso que yo calificaría como de oro. Y en todos los medios musicales, se habla del «Bello son de Karajan», a este respecto él nos dice:

«Están en lo cierto, cuando dicen de mí, que procuro siempre

La Filarmónica de Berlín, fue fundada en 1882, es decir, cuenta con 110 años, larga vida de una historia llena de gloria

La orquesta se entregaba fervorosamente a su tarea, consciente de que hacía música por y para el arte, y se les veía a los intérpretes complacidos en el gesto, con la alegría en los rostros

lograr un bello sonido, y no lo tomo como reproche, sino como un cumplido de algo que yo cuidó extremadamente».

Por otra parte Karajan impondría a la orquesta, una disciplina y un rigor de trabajo, que él empezaba por exigirse a sí mismo. En este sentido, volvamos a oír al maestro que hablando de sus primeras relaciones, con el famoso conjunto, nos relata:

«Volví a escuchar entonces, al expresar mi deseo de celebrar un ensayo, la famosa frase de que no era necesario, porque la orquesta se sabía el programa de memoria. Recuerdo todavía mi respuesta "No dudo que ustedes dominen el programa". Pero lo comprobaremos en el ensayo».

Mozart y Bruckner

En la primera parte del concierto que pasamos a comentar se interpretaba la Sinfonía nº 39 de Mozart es la ante-penúltima, de las 41 sinfonías, y por tanto la primera de las tres últimas, que muchos consideran como las tres grandes del sinfonismo mozartiano. La versión se desarrolló con la máxima perfección, como no podía ser de otra manera con tan excepcionales mimbres. Pero para esta música, no basta con ser un grande de la dirección, y Barenboim lo es.

Ante estas partituras, es necesario situarse siempre en un estado de sensibilidad especial, y lue-

go que la inspiración tenga su día; Y pensé, mientras la orquesta con prodigiosa técnica desgranaba, esa maravilla del Adagio, que esta vez Barenboim no conseguía el poético y singular «vuelo» que requiere una música que parece hecha solo para las alas y el viento.

En la segunda parte vendría lo portentoso, lo auténticamente sensacional, en la Sinfonía nº 9 de Anton Bruckner.

Aquí Director y Orquesta llegaban a la misma altura. Juntos coronaban la más alta cima de la interpenetración musical. Mucho se ha dicho que esta novena, del músico de Ahsfelden, nos recuerda Beethoven, y más concretamente su novena Sinfonía. Pero todo está trasvasado a la original personalidad de un verdadero genio creador.

Siempre que oímos su música volvemos a admirar la minuciosa grandeza de su construcción donde ni una sola nota queda al azar. Volvemos a percibir el profundo aliento religioso —así en el Adagio final— de este practicante católico, gran organista, que tanto amó su instrumento y que como última voluntad, que afortunadamente fue cumplida —deseo que sus restos reposaran bajo el órgano, que él tantas veces pulsara, en la Iglesia Abacial de S. Florián.

La orquesta, se entregaba fervorosamente a su tarea, consciente de que hacía música por y para el arte, y se les veía a los intérpretes complacidos en el gesto, con la alegría en los rostros.

Bruckner estuvo en el repertorio habitual de Furtwängler y de Karajan, lo está en el de Celebidache, que también fue titular, de esta orquesta, hoy por hoy la mejor dotada para la música de Bruckner. El mejor elogio que se puede hacer de la versión conseguida por Barenboim y la Filarmónica de Berlín es que, matices aparte, fue insuperable. Y nada tiene que envidiar a las conseguidas por los otros grandes maestros citados. ■

Ernesto García-Manso Duperier es abogado.

LA FAVORITA

Por Emilio Bonelli García Morente

HACE poco se ha representado en Madrid dentro de la temporada de Ópera 1992 este precioso drama lírico de Gaetano Donizetti en su versión italiana.

La Favorita es la Ópera con la que inauguró el Teatro Real de Madrid en tiempos de la Reina Isabel II.

Es curioso de un lado y algo triste de otro, observar y comprobar cómo determinadas manifestaciones artísticas o lúdicas o deportivas, que son las que hacen grata la vida «ociosa» del hombre

dependen hoy todavía y sobre todo han dependido en tiempos del mayor o menor interés que por dichas manifestaciones tienen o tenían los Reyes, Jefes de Estado, dictadores o incluso gobiernos democráticos.

Teatro Real

El triste caso de la Ópera de Madrid es un paradigma de lo que digo. El llamado Teatro Real no se determinó hasta que una Reina, no demasiado bien tratada por los historiadores, nació asombrosamente aficionada a la Ópera, nada frecuente entonces y ahora en Madrid (a diferencia de Barcelona con su célebre Liceo). Y gracias a esa afición de Isabel II se terminó de construir y funcionó 75 años el Teatro Real, uno de los mejores y más bonitos teatros de ópera que hubo en el mundo.

Gracias a esa afición de Isabel II se terminó de construir y funcionó 75 años el Teatro Real, uno de los mejores y más bonitos teatros de ópera que hubo en el mundo

¿Hubo? Parece que no, pero todavía estamos en veremos; lo cierto y verdad es que se va a necesitar otros 70 años para que el Teatro Real vuelva donde solía. ¿Ello obedece sólo al desinterés de la sociedad madrileña por el género o también al mismo desinterés de los gobernantes? No me atrevo a afirmar nada rotundamente; pero es sintomático que cuando se reforma y reinaugura el Teatro Real hace 25 años, renaciera como sala de conciertos y no como teatro de ópera. Así, fue necesario más tarde, construir una sala de conciertos de nueva planta y además